

El ejército hispano musulmán

POR

Por Rafael Fernández González

de la Real Academia de Córdoba

Discurso de contestación al de Don Rafael Ruiz de Algar, con motivo de la recepción pública de éste, como Académico Numerario de la Real Academia de Córdoba, el día 22 de Marzo de 1969.

Excelentísimos e ilustrísimos Señores, Señoras y Señores:

Nuestro recipiendario Don Rafael Ruiz de Algar y Borrego, de antigua familia lucentina, nació en Cartagena por los azares del destino de su padre, a la sazón capitán de Artillería. No obstante este lugar eventual de nacimiento, sus raíces lucentinas están bien dentro de su ser, pues no puede olvidar que su antepasado Don Diego de Algar, resultó herido en la batalla de Martín González, también llamada de Lucena, librada en 1483, en la que fué preso el Rey Boabdil de Granada, por otro su antepasado el Regidor lucentino Martín Hurtado, según consta en la Historia de Lucena que compuso el ilustre y travieso clérigo Don Fernando Ramírez de Luque, familiar también del nuevo numerario.

Como se ve, sus raíces lucentinas son bien profundas y antiguas. E incluso la casa en que habita, es la misma de tan ilustres antepasados, como bien lo demuestra el padrón eclesiástico que se conserva en la Iglesia parroquial de San Mateo del año 1665, en cuyo documento se lee: "Calle de San Pedro desde el Coso — Don Sebastián de Algar y su esposa Doña Tomasa". Lucentino pues, por todos sus antecedentes. Y por si parece poco, casado con lucentina, de familia tan arraigada como la Ramírez de Arellano Fernández de Córdoba.

Don Rafael Ruiz de Algar ingresó en la Academia de Artillería de Segovia el año 1913, y al terminar sus estudios obtuvo el grado de tenien-

te y el título de Ingeniero Industrial del Ministerio del Ejército. Los sucesos de Africa en 1921, le obligaron a ir al remedio formando parte de un Grupo de cañones del Regimiento de Artillería de Granada, y en Marruecos permaneció hasta 1924 en que fué gravemente herido por dos veces.

El año 1936, formando parte del Regimiento de Artillería de Granada, se unió al glorioso Alzamiento Nacional, desempeñando el cargo de Comandante Principal de Artillería de la 33 División, en la que consiguió diversas citaciones elogiosas de la superioridad. Terminada la campaña, y creado el Cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción, solicitó el ingreso en él, lográndolo en el empleo de Comandante, siendo destinado a la Fábrica de Pólvoras y Explosivos de Granada, en la que ya se había especializado. En el año 1957 y por imperativo de la edad, pasa a la situación de retirado con el grado de Coronel Honorífico y el título de Doctor Ingeniero de Armamento.

En esta situación, dedicó sus ocios al estudio de la Paleografía y la Investigación Histórica, trabajando en la Real Chancillería de Granada, cuyo personal le ayudó y enseñó en el difícil propósito.

Especializado en Genealogía y Heráldica, ha publicado sin firma las más de las veces y con ella, los trabajos que pudieran suscitar controversia. Más de trescientos fueron dados a conocer en el decenario local LUCERIA y de los cuales nuestra Academia conserva algunos en sus Archivos y más conservará si Dios da larga vida a su autor.

Toda una vida activa consagrada al mejor servicio de la Patria, fué recompensada con la Medalla de Sufrimientos por la Patria con dos aspas de herido, dos Cruces de Guerra, cuatro de la Orden del Mérito Militar, Caballero Cruz y Placa de San Hermenegildo, y la Medalla de Africa con pasadores de Melilla y Tetuán. Pertenece al Real Estamento Noble del Principado de Gerona, cuyo Jefe es el Infante Don Luis Fernando de Baviera y Borbón.

Sed bienvenido, Ilustrísimo Señor.

Como prueba de gratitud, cariño y recuerdo a tan honroso compañero de Arma, he elegido como tema de mi discurso de contestación: El ejército hispano musulmán, del que brevemente os hablaré.

El Ejército hispano musulmán del emirato y califato Omeya, hasta los días de Almanzor a fines del siglo X, se organizaba con tres contingentes de fuerzas esencialmente diferentes:

—Las procedentes del voluntariado, atraídas a la guerra para cumplir con el deber de todo buen musulmán de combatir a los enemigos de su fe.

—El contingente formado por los descendientes de los baladies a quienes Al-Sama repartió tierras del quinto del califa, y los descendientes de los sirios de Balch que Abul Jatar los hizo feudatarios de las tierras de los cristianos cuyas rentas disfrutaban, con la obligación para ambos de prestar el servicio militar cuando les era requerido. Las zonas del territorio donde estaban asentados los sirios y radicaban sus feudos, se llamaban **chunud**, y cada una recibía el nombre de la tribu siria de procedencia, así en la cora o provincia de Elvira estaban los guerreros del **chunud** de Damasco, y en la de Sevilla el **chunud** de Efeso. Estas fuerzas procedentes de los **chunud**, eran además recompensadas en metálico, cuando salían a campaña.

—Las fuerzas formadas por los mercenarios, verdadero ejército permanente y a sueldo de los emires cordobeses (1).

El contingente de las fuerzas procedente de reclutamiento y levás, solamente se concentraba, cuando el emir organizaba una expedición, normalmente en el verano, para lo cual los gobernadores de las coras, reunían a los soldados del cupo forzoso, y al voluntario enganchado por los reclutadores, con lo que constituía el total de efectivos de la circunscripción que eran conducidos a Córdoba, centro de reunión donde se concentraban las fuerzas y organizaba el ejército. En la segunda mitad del siglo IX, las fuerzas de caballería reclutadas en las coras fueron 22.000 jinetes, entre los que figuraban los siguientes contingentes provinciales: Cabra, 1.800; Ecija, 1.200 y Fahs al-ballut, 400.

La concentración de contingentes se realizaba en dos llamamientos por mitad de efectivos, el primero en primavera, con el que se iniciaba la campaña estival, y el segundo tres meses después, relevando al anterior, de modo que cada expedición o aceifa, se realizaba con la mitad de los efectivos de las coras.

El rendimiento de los soldados nacionales, del cupo forzoso que proporcionaban los **chunud**, fué bastante escaso, debido a su falta de espíritu combativo y poca preparación. Ibn Hawqal relata que en pleno siglo X, los andaluces eran poco expertos en equitación y ponían poco ardor en el combate. Por esta razón desde la época de Abd al-Rahman I, se reforzaban estos contingentes con mercenarios reclutados en el extranjero.

Las tropas mercenarias recibían el nombre de **haschan**, y eran soldados profesionales remunerados, reclutados fuera de las fronteras de al-Andalus, tanto europeos como africanos. Al-Hakam I organizó con los

mercenarios una guardia palatina permanente constituida por 3.000 jinetes y 2.000 infantes, y una escolta personal de 150 soldados narbonenses, a quienes los cordobeses llamaban "los silenciosos", por su ignorancia de la lengua árabe.

Todas estas fuerzas encuadraban una organización pentómica dentro de la gran Unidad Cuerpo de Ejército cuyos efectivos eran de 5.000 hombres, que mandaba un general con título de amir y su insignia era una gran bandera.

Cada Cuerpo de Ejército tenía cinco batallones de 1.000 hombres, que los mandaba un qa'id, cuya insignia era una bandera más pequeña. Cada batallón lo constituía cinco grupos de 200 hombres al mando de un naqid que tenía por insignia un estandarte. Estos grupos eran de cinco secciones de 40 hombres mandados por un arif, con un band de insignia. Las secciones se fragmentaban en cinco escuadras de cinco hombres, y al frente de cada una había un nazir, que anudaba en su lanza un banderín.

Existían además los contingentes que constituían una especie de milicia religiosa, algo parecido a nuestras órdenes militares, denominados voluntarios de "guerra santa", que eran musulmanes piadosos, que se agregaban a las columnas para intervenir en la guerra contra el infiel. Estos soldados se incorporaban en los intervalos entre expediciones, a las guarniciones de los castillos fronterizos, donde alternaban los ejercicios militares con los ascéticos, poniéndose en estado de ribat.

Los preparativos para la expediciones estivales o aceifa comenzaban en el mes de Junio, precedidos de un consejo de generales que presidía el emir, donde se acordaba el plan de operaciones. Estos preparativos duraban casi un mes, y personalmente el emir cuidaba de todos los detalles, para lo cual abandonaba su residencia acompañado de su guardia personal, y se dirigía a una llanura próxima y al este de Córdoba, llamada Fahs al-suradiq, donde con tiendas de campaña instalaba su campamento, en cuyo centro destacaba el parasol, insignia del general en jefe del Ejército. En este campamento se iban concentrando todas las fuerzas reclutadas en las coras.

Las ciudades necesitan para diferentes usos, tanto civiles como militares, religiosos o deportivos, espacios abiertos o explanadas, y esta necesidad era mayor en las ciudades medievales, donde la densidad de casas es muy grande, al estar encerradas entre murallas.

En la España árabe a estos espacios abiertos o campos no agrícolas próximos a las poblaciones y de extensión limitada, se les designaba con el vocablo **fahs**; en Córdoba había dos, uno al Occidente, lla-

mado la Musara y otro a Oriente, el Fahs al-suradiq (campo del gran pabellón o del entoldado).

La situación de este campamento ha sido estudiada por García Gómez, con motivo de la traducción de los Anales de Al-Hakam II (2), y aportando otros textos árabes llega a la conclusión de que estaba al oriente y próximo a Córdoba y al norte del Guadalquivir. Huici, en su Historia Política del Imperio Almohade (3), facilita nuevos datos para su localización, según el Muktabis "el Fahs al-suradiq dominaba la llanura de Córdoba y lo atravesaba el camino de Guadalajara" y Ibn Sahib al-Sala en su crónica de la campaña de los Almohades en España, dice que el califa Yusuf en su campaña de Huete salió de Sevilla el 6 de Junio de 1172, llegó a Córdoba el 12 y "acampó en la colina que domina la explanada del Suradiq y los torreones de la tierra de al-Zahira".

La Arqueología nos ofrece dos noticias interesantes, como son el afloramiento de un acueducto, cortado en el talud del terreno al Sur de la Cárcel Provincial y que vuelve a aflorar en el pago de huertas de la Chozza del Cojo, y la existencia de un cementerio árabe muy pobre en una gravera próxima al camino de la Campiñuela.

Con todos estos datos podemos afirmar que el Fahs al-suradiq, era una zona de terreno limitada por los arroyos de las Piedras y Pedroches, la carretera de Madrid y el talud del Pago de Miraflores.

Es curioso los cambios de asentamiento que tuvo el Campamento del Ejército, siempre alejándose del Guadalquivir, por temor a las inundaciones y desbordamiento de arroyos, pues comenzó por Ballis a orillas del río (4) en el emirato Omeya, donde después se edificó Medina al-Zahira, pasó al Fahs al-suradiq en el califato, utilizado en la época taifa como sitio de diversión y recreo de los cordobeses (2), sufriendo nuevo traslado por los almohades al pago de Miraflores.

Una vez organizadas las Unidades, y el viernes anterior al día de salida a campaña, se hacía en la mezquita mayor, la entrega de estandartes que los jefes anudaban en sus lanzas.

La Caballería de la primera época era muy escasa, y para reforzar sus acciones de flaqueo en el combate, se le agregaron Unidades de infantes montados en acémilas, que facilitaban su movilidad táctica, pero que en el momento del encuentro abandonaban la cabalgadura y luchaban a pie parapetados detrás de ella. Los contingentes de caballería adquirieron cada vez más importancia, hasta el punto de llegar a ser superiores a los de Infantería, en la proporción de tres a dos. El armamento ofensivo principal de aquéllos consistía en lanza y hacha de doble filo, y el de los infantes pica, maza, sable y daga. El arco lo emplea-

ban ambos indistintamente. Las fuerzas de Infantería se reservaban en lo posible para el asedio de plazas y guarniciones de castillos en la línea fronteriza. En la época de Almanzor se consiguió que todos los soldados que integraban las expediciones, fuesen de caballería, dándole así al Ejército una gran movilidad.

Las columnas en marcha iban precedidas de unos guías o adalides conocedores de la zona enemiga que dirigían el avance de la vanguardia, a continuación marchaba el grueso y a la zaga la impedimenta con su escolta, los flancos eran protegidos por escuadrones de caballería ligera. El servicio de información estaba organizado con la ayuda de una nítida red de espías infiltrados en las organizaciones enemigas, que enviaban sus noticias al general en jefe.

Al establecer contacto con el Ejército enemigo, se acordaba con éste el lugar y hora de la batalla, celebrándose a continuación una reunión de mandos, en la que se establecía el plan de maniobra y distribución de medios y misiones. Las fuerzas desplegaban en orden de combate, los infantes en línea de varias filas y a vanguardia, con la rodilla izquierda en tierra, la pica inclinada con el cuento apoyado en tierra y la punta enfilando al enemigo. Detrás se colocaban los arqueros, fuerzas tanto propias como enemigas, y su guardia persona lo protegía, de cualquier ataque por sorpresa.

El campamento con la impedimenta estaba protegido por posiciones avanzadas, para evitar el asalto por sorpresa y subsiguiente saqueo, pues era la prenda más golosa para la mayoría de los soldados, que al no tener sueldo, solamente se lucraban con la parte proporcional del botín.

Al iniciarse el enemigo el ataque, es alertada la fuerza, y cuando la vanguardia llega a distancia conveniente, lanzan los arqueros sus flechas los infantes sus venablos y enfilan sus lanzas. Después y a una orden del mando hacen un movimiento en oblicuo, abren sus filas y a través del espacio libre se lanza la caballería sobre el adversario. Estas cargas de caballería seguidas de rápido repliegue, para agruparse y atacar nuevamente, se llamaban de **tornafuye**, táctica muy empleada entoda la Edad Media, por el efecto de sorpresa que producía en el enemigo estos repetidos ataques por fuerzas que creían en fuga.

El asedio a fortalezas iba precedido de unas operaciones de tala-do en los campos circundantes y de unos destacamentos ligeros que penetraban profundamente en territorio enemigo para impedir el envío de socorros a la guarnición que se intentaba rendir por hambre o sed. Para asaltarla, los zapadores, hacían una cava en forma de mina por

bajo del cimientto de torres y murallas, e incendiaban después los maderos de la entiba, consiguiendo el derrumbamiento de parte de la muralla, por cuya brecha se precipitaban al ataque, coordinado con el de la puerta violentada con arietes, o el de alguna catapulta que batía las zonas menos resistentes, y todo ello apoyado por una densa cortina de flechas lanzadas por los arqueros (5).

NOTAS

1. Claudio Sánchez Albornoz. En torno a los orígenes del feudalismo, tomo III, Cap. VI.
2. E. García Gómez. Notas sobre la topografía cordobesa en los Anales de Al Hakam II, por Isa Razi. Revista Al-Andalus, vol. XXX. fasc. 2, año 1965
3. A. Huici Miranda. Historia política del imperio almohade, primera parte, pág. 256 y su traducción de Al-Bayan Al-Mugrib de Ibn Idari, nota de la pág. 443.
4. R. Fernández González. Aportación a la localización de Al-Madina al-Zahira, Revista Al-Mulfi, núm. 4, año 1964-65.
5. E. Lévi-Provencal. España musulmana, tomo V, cap. II, de la Historia de España, dirigida por R. Menéndez Pidal.